

Esto se desmorona

El proceso soberanista catalán se reafirma cada día que pasa. Lo que empezó como un acto de oportunismo de Convergencia i Unió, tiene cada vez más profundas y firmes raíces. El sentimiento soberanista ha estado siempre profundamente arraigado en la comunidad catalana. No es algo nuevo ni mucho menos, pero no había podido expresarse en forma política y contundente hasta este momento, responsabilidad directa de la derecha catalana que, a través del mencionada partido planteaba un nacionalismo más bien descafeinado.

Varios son los factores que han propiciado los hechos. Por un lado, el permanente agravio económico perpetrado por el gobierno central se ha visto acrecentado por unas supuestas medidas anticrisis, medidas que, lejos de cumplir los teóricos objetivos, han agravado la economía de la ciudadanía y la de la comunidad, y con ello aumentado los desequilibrios soportados en el reparto de la riqueza. Ello ha impulsado a colectivos catalanes, que en principio no formaban parte del sector nacionalista, a plantearse la independencia como opción ante el permanente y costoso peso muerto del estado central. Reflejo de ello fue la multitudinaria manifestación del 11/9 del año pasado.

Por otro lado, el ya mencionado oportunismo de CiU vio la ocasión de aprovechar este sentimiento soberanista para fortalecerse ante el gobierno de Rajoy y recuperar un voto que el desgaste del ejercicio del gobierno les estaba provocando. No sé hasta qué punto fueron conscientes de que tal actitud les podía llevar a un punto de no retorno, pero hoy les es muy difícil desdecirse de las posturas tomadas, ante un electorado cada vez más decidido a avanzar por la vía de la autodeterminación.

El que escribe no se define como nacionalista, aunque esta afirmación requiere una aclaración. En primer lugar mi "no nacionalismo" lo es tanto en relación a mi comunidad como al estado español. Me parece una contradicción la postura de quienes se oponen al nacionalismo (catalán, vasco, gallego, etc.) y en cambio profesan un nacionalismo español radical. Pero lo que si tengo muy claro es que todas las comunidades tienen el derecho a la autodeterminación, y con ella decidir si quieren crear un estado autónomo, o si prefieren la unidad con otras comunidades y en qué condiciones. En todo caso me parece

aberrante mantener en un mismo estado a quienes no quieren formar parte de él.

Lo cierto es que la degradación económica y social que padecemos, junto con el crecimiento del sentir soberanista, hoy en Cataluña pero que puede extenderse a otras comunidades, pone en entredicho el estado español y su continuidad.

Las reacciones a esta situación son, en algunos casos, las previsibles. La derecha centralista, heredera de las concepciones más arcaicas, defensora de las prebendas de las clases dominantes, y que como tales no pueden concebir un mundo en el que su voz no deba ser obedecida sin oposición alguna, se cierran en banda a cualquier veleidad independentista. Lógicamente, era de esperar.

Por lo que a la mayoría de fuerzas de la izquierda, al menos las de representación parlamentaria, esta situación se ha convertido en la prueba de fuego que pone en evidencia sus contradicciones. Ancladas en posturas acomodaticias al modelo burgués, son incapaces de entender que democracia, progresismo y socialismo solo puede ir de la mano de la voluntad popular, y que son las comunidades de ciudadanos los que deben decidir el futuro de su propio colectivo. Las naciones las componen las personas, y son estas las que les dan existencia real. No son entelequias existentes fuera de los ciudadanos que las forman, ni pueden imponerse a la gente al margen de su voluntad.

En muchos casos, las naciones y estados heredados del pasado fueron el resultado de las luchas por el poder de las clases dominantes, sin que los pueblos tuvieran voz y voto en las decisiones. Por ello adolecen de un fundamento real y con el tiempo afloran las contradicciones que provocan su ruptura. Lo vimos en las antiguas Checoslovaquia, y Yugoslavia. Lo vemos en España y en el Reino Unido, y probablemente se extenderá a otros lugares de Europa.

¿Quiere esto decir que no es posible un confluencia de intereses? No, pero para que sea fuerte y permanente debe partir desde la base, desde la propia ciudadanía, siendo respetuosa con las particularidades, necesidades e intereses de cada comunidad. Debe partir del respeto y de la equidad. Y por supuesto es fundamental que los intereses primordiales sobre los que se base esta unión sean los de la ciudadanía, no una minoría privilegiada.

Pero no solo es España la que ha entrado en situación de inestabilidad, espoleada por la crisis que padecemos. En la propia Unión Europea empiezan a saltar las alarmas. Algo por otra parte claramente previsible. Ha sido el discurso de Cameron, el primer ministro inglés, el activador de las reacciones en Alemania, Francia, España,... El anuncio de la decisión de renegociar las condiciones del Reino Unido en la Europa Unida, y de someter a referéndum su permanencia en la misma en 2017, ha elevado la crispación política.

Lo que no parecen entender los defensores de la UE es que ello es consecuencia de un proceso de unión plagado de intereses contradictorios y ajenos a los ciudadanos. La actual crisis ha acentuado dichas contradicciones generalizando el descontento. El marco de la Europa Unida, basado en los intereses de los grupos de poder económico, ha pivotado en torno del líder económico, Alemania, supeditando las medidas de toda Europa a los intereses financieros alemanes. Y ese es un error que Europa pagará caro.

Uno de los argumentos esgrimidos por la izquierda reacia a aceptar el derecho soberanista es la afirmación de que, dado que dicho proceso está encabezado por la derecha (CiU), el resultado final de la autodeterminación, en el caso de optar por la independencia, pone en manos de dicha derecha el poder del nuevo estado. Eso no es del todo cierto, ya que en el proceso de defensa del soberanismo intervienen otras fuerzas políticas.

Pero incluso dando por válida la posibilidad, el argumento adolece de un defecto fundamental. La permanencia en el estado español no cambia nada en absoluto, siendo peor la situación desde este punto de vista. La derecha catalana está, y ha estado, en el poder hasta este momento sin que la permanencia al estado haya potenciado un cambio político, más bien al contrario. Por otra parte, en un supuesto estado catalán, CiU no podría alegar imposiciones del estado central a la hora de la toma de decisiones económicas, con lo que la derecha catalana aparecería como pura derecha y su componente nacionalista actual se diluiría.

Lo cierto es que el caso catalán y el inglés, salvando las diferencias que son muchas, comparten algunos aspectos. En ambos casos el cuestionamiento del estatus quo nace de la derecha. Una derecha que ve amenazados los intereses propios de la sociedad que representa, amenaza que parte del capital supranacional. Tales intereses son

compartidos, hasta cierto punto, no solo por la alta burguesía local, sino también por las clases medias e incluso las proletarias.

Es cierto que ello lleva implícitos algunos peligros. Y especialmente ello se evidencia en los casos en los que la inoperancia de la izquierda deja el campo totalmente libre a la derecha, y especialmente a la extrema derecha, para capitalizar el descontento popular. Es el caso de Francia, con una izquierda, o al menos así se autodefine, en el poder que es incapaz de frenar las exigencias e imposiciones alemanas, lo que permitirá a la mencionada extrema derecha aparecer como abanderada de las reclamaciones populares ante una Europa que no funciona.

Esta Europa no es la que necesita la ciudadanía, y cuanto antes se apresten, las organizaciones que dicen representar una alternativa al modelo económico actual, a derribarla, antes podrá ser reconstruida de acuerdo con las necesidades reales de nuestra sociedad.

En el caso español, si el estado actual pretende tener algún tipo de futuro, requerirá también su reconstrucción, partiendo de la libre adhesión y un estricto respeto entre comunidades. Una respuesta represiva por parte del gobierno central a las ansias soberanistas de los pueblos, a largo plazo, solo puede acabar con una balcanización del problema.